

DON EMILIO (1)

Otra vez, el dolor de Córdoba, angustiada porque la Muerte trunció planes suyos de madre gloriosa. Otro hijo dilectísimo, que escapa de sus brazos, para desposarse con la tierra y con la eternidad.

Ayer, fué un hombre dinámico, fuerte de carácter, enérgico de acción, que, supo aprestarse, de pronto, a dar a su ciudad, —encendido de amor patrio y de filiales fervores,— aquello que su ciudad venía pidiendo; y que, pocos o ninguno, acertaban a darle.

Hoy, es el que se va al viaje sin retorno, un cordobés dulzón, modesto y humilde, amable y tranquilo; un hombre que profesó y que ejerció al largo de unos cuarenta años, la ciencia del médico y el arte y la ciencia del cirujano, llevando su tarea, sin torcerse un instante por trayectoria recta, segura de aciertos, limpia de vanidades; un empleado público que encarnó y personificó «lo benéfico», enamorándose de su misión y prendándose de «su Hospital», pensando que la Sala era Capilla y el Quirófano Altar, para officiar allí, con fervor, cada día, haciendo oblación devota de actividades y talentos, de energías y recursos, de privaciones y sacrificios, de fortuna y reposo, de bienestar y de vida entera, porque amaba a la vieja Casa, fruto de los caudales expoliados de la herencia del Sr. Cardenal, —después de a Dios y a los suyos—, sobre todas las cosas.

Era, quien acaba de pagar con la muerte la deuda de haber nacido, espejo de caballeros, ejemplo de instruídos, modelo de cordobeses; pues que, en la honesta artesanía de su padre aprendió a ser honrado y laborioso; y en la tarea incesante halló, hasta el último día, gozo y descanso; y supo construir un hogar de delicia para trono de dichas —hasta ayer no quebradas—, con sólido cimiento en el amor de la esposa solícita y de las hijas amantísimas; y en las Letras encontró su recreo, y se sorbió, con refinado deleite de curioso lector, libros y libros, destilando de

(1) Para completar la biografía del Dr. Don Emilio Luque, insertamos este artículo del Cronista de la Ciudad, que vió la luz en la prensa diaria, a raíz del fallecimiento del ilustre médico, y al cual alude el sobrino del finado en el artículo anterior.

ellos esencias que perfumaron su envidiable cultura; y, como cautivado por el embrujo de esta tierra sin par, y buen sabedor de su pasado, aprendió a auscultar, como pocos, los latidos del corazón de Córdoba...

Este era Don Emilio.

Así, a secas, «Don Emilio»; que, en el andar de ocho lustros, viene bastando su nombre de pila, —con título de honor y dignidad antepuesto, como en lo antiguo se señalara a los mejores y más salientes de la prima nobleza—, para que una ciudad compuesta de un ciento de millares de almas, entienda, sin equivocaciones, el designativo cariñoso. Don Emilio, —no más que Don Emilio—, como se le invocaba cada día, haciendo de un nombre propio un rayo de esperanza, polarizado en la fe humana, para filtrarse por las mansiones del dolor, lo mismo en las estancias suntuosas que en las ringleras de camas de las Enfermerías, que en los tabucos donde los pobres esconden su miseria, y curar y sanar y consolar y animar. Don Emilio, el nombre prestigioso del experto médico, abreviado así por la popularidad, desligándolo de patronímicos innecesarios, como si en Córdoba no hubiese nadie que se llamara como él, como si en el mundo no cupiera temor de confusión; nombre que en fuerza de correr, cabalgando sobre la fama, pero también de familiarizarse en boca de los incultos, se tornó en «Don Imilio» por corrupción inconsciente en los diálogos callejeros de cabo de barrio.

¡Se ha muerto Don Emilio! era la fórmula de la mala nueva, que como el estampido de una catástrofe inesperada, corría hace unas horas por todos los ámbitos de Córdoba, y los teñía de la angustia de lo irremediable.

¿Qué significa la muerte inesperada del Doctor Don Emilio Luque Morata? Para los suyos, profunda desgracia con rigores que la religión únicamente podrá templar, a cambio de pruebas de virtuosa resignación.

Para la medicina cordobesa, brecha que no se puede cerrar, dechado de buenas obras, sobresalientes en el conjunto de brillantísima ejecutoria profesional. Un día, día de sinceridades esmaltadas de natiya humildad, escribió Luque en documento de tono solemne: «Mi único mérito, si es que tengo alguno, ha sido mi amor al trabajo, mi constancia en un esfuerzo que empecé en la escuela de párvulos y que durará hasta el último día de mi vida». Y se ha cumplido su vaticinio: hasta el último día de su vida, ha



DON EMILIO LUQUE MORATA

Doctor en Medicina y Cirugía

Nació y murió en Córdoba: 2 Marzo 1876 - 19 Febrero 1939

ejercido su sacerdocio médico y ha derrochado con sus enfermos carismas de bondad. «El trabajo alimenta mi alma», estampó más adelante, en el mismo mensaje que impresiona ahora mismo nuestra alma y nuestros ojos, y, con este pertrecho, cuarenta años atesorado, se ha ido por las rutas de lo Eterno en busca del que sabe mejor que nadie premiar merecimientos de laboriosidad. «Debo a Dios el haber tenido buenos padres, que me enseñaron a ser modesto y a portarme con la mayor caridad posible para con mi prójimo», consignaba igualmente en aquel examen de su vida interior, y, a la hora de ser juzgado, arriba, como abajo, bien se destacarán esas virtudes, modestia y amor a los demás, en el cristiano ejercicio de su profesión; y, aún, habrá de volverse entonces sobre el recuerdo de las tres epidemias que asolaron a Córdoba; que él abnegada, solícita y generosamente combatió, y, que, «respetaron su cuerpo al par que fortalecieron su espíritu y sus actividades», según frase que de su boca recogimos.

Para Córdoba, madre de ingenios, la pérdida del hijo que en el año de 1930, señaló predilecto, será daño irreparable. Era ante sus conciudadanos el hombre-símbolo, de inclinación a la Ciencia; era, la bondad misma y la comprensión hecha hombre. «Yo no odio a nadie». «Yo no recuerdo ofensa de persona alguna»... dejó afirmado una vez, bajo los puntos de su pluma. Y otra vez, en una auto-crítica se le escaparon férvidas renunciaciones en un rasgo de humildad: «...lo que yo sea hoy, o pueda ser mañana; lo que yo pueda valer, no lo soy ni lo valgo yo, que es mi condición de cordobés; la sangre cordobesa que riega mi vida, la que me mueve y la que me inspira». Cordobés que así habla y que piensa y que siente de este modo, merecerá perennemente el ósculo de gratitud amorosa de su madre ciudad,

Para la docta Academia centenaria, también será dolor acerbo tachar el nombre del Doctor Luque Morata de la nómina de sus miembros numerarios actuales.

Quería él tanto a la vieja institución, que parece como si su asistencia a las tareas del sábado último, cuando ofrecía generoso, a elección, cuatro temas para desarrollarlos en conferencias sucesivas y articuladas, quisiera dar alcance de despedida eterna a la dádiva riquísima que prometía entregar. Ya nos había anticipado a nosotros privadamente, y horas antes, los términos de la opción: ¿Habría del tema histórico relacionado con su amadísimo Hospital? ¿Trataría del «derecho a la vida»? ¿Nos agradaba más un

estudio moderno acerca de la «función cerebral»? ¿Preferíamos que vulgarizara ante nosotros el epígrafe «Vitaminas»? Recuerdo felicísimo será para quien esto escribe, de aquí a siempre, el de aquella entrevista final al ritmo de un paseo de placer, —en la compañía de su hermano espiritual Manuel Villegas, del médico que con Luque hizo a principios de siglo un renuevo de la Cirugía—, paseo que remató, como tantas otras veces, ante el atril ancho, largo y abierto del patio acogedor de una Librería, eligiendo cada cual libros nuevos y haciéndonos Don Emilio el gran honor de consultarnos cuál sería la mejor obra para conocer cumplidamente la recia silueta española del portaestandarte de la Contra Reforma, de Iñigo de Loyola: y la gran merced de una confianza; el gran bien sentido en el alma por el amigo que nos hablaba, paladeando, regustando, las exquisiteces recogidas de volúmenes recién leídos, acerca de la sin par figura de Jesús, con ocasión de que nuestras manos hojeaban nuevas obras, sobre el mismo asunto, que, a la vista de los dos se nos ofrecían.

Para sus amigos menores, los que respetándolo como a los sabios y a los expertos es obligado respetar, le tratábamos con la confianza que inspira un niño; que, de niño era su sencillez y el candor de algunas de sus preguntas, y el gesto de su risa tímida, y el timbre de su voz; para los que en su afecto y en su acogimiento y en su palabra amable, hallábamos deleite, Luque, Don Emilio, será una enseñanza viva, por lo que tenía de cordobés cristiano y caballero. Este ha sido el último matiz que puede recogerse de su vida aprovechada: Su postrera noche, y en ella su postrer mirada; el destello último de sus aficiones, guarda una gran lección. Cuando el sueño iba cerrando sus párpados, horas antes del tránsito inadvertido desde esta vida a la otra, su última actividad ha sido de cordobés y de cristiano: leer en el Calendario de la Iglesia cordubense la pauta para la misa del día siguiente. Después de dejado el libro, se entornaron los ojos y ya no se abrieron hasta que los hirió vivamente la eterna luz y claridad de la Gloria.

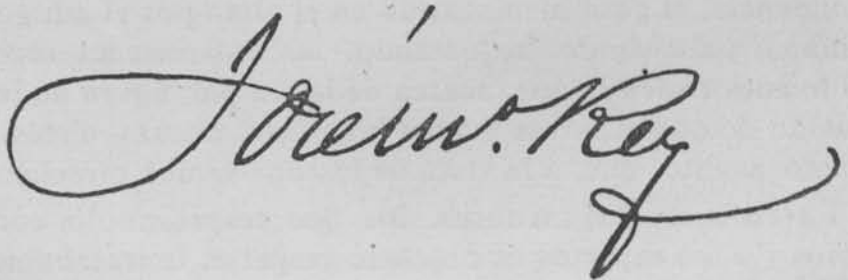
.....

Ignoramos, a estas horas, lo que podrá discurrir la Diputación Excelentísima para que la sombra y el dulce recuerdo de Don Emilio Luque, sean retenidos junto a los lechos del Hospital Real, «Calvario» de sus esfuerzos y trabajos; pero también «Tabor» de

su ascensión a las regiones de la superioridad profesional. No sabemos aún, la señal de dolor que dará la Academia, huérfana de su prestigio y de su nombre.

Tampoco se nos alcanza la orientación del homenaje, que legiones de amigos agradecidos y admiradores deberán rendir a su memoria grata. Ahora son oraciones, las mejores ofrendas que debemos brindarle.

Y, creer fervientemente, que la Virgen de la Fuensanta cordobesa, bajó ayer de su Trono, aureolado de tradición, a recoger su espíritu sano, para conducirlo de su santa mano a la presencia del Altísimo.

A handwritten signature in cursive script, reading "José María Rey". The signature is written in dark ink on a light-colored background. The letters are fluid and connected, with a prominent initial 'J' and a long, sweeping tail on the 'y'.